“No se puede ser anti”

"Hay que ser pro; no se puede ser anti" sentencian calvarios con aire de haber dicho una verdad inconcusa. Esta seguridad y la frecuencia con que hemos oído este apotegma lo delatan como un lugar común. Repensémoslo. Repensar los lugares comunes —enseñaba Unamuno maestro verdadero, es decir, libertador— es la mejor naciera de que nos libremos de sus maleficios.

•

“No se puede ser anti". Se fue ayer antifranquista. antifascista y antinazi. Se fue y se sigue siendo antimperialista. Ninguno de estos "antis" escoció a los verdaderos demócratas. Pero ahora, cuando se trata de enfrentar a los comunistas y peronistas, brotan estos melindres. ¿Cómo explicar tamaña incongruencia? Los stalinistas poseen el arte de paralizar o neutralizar con cucos y slogans el juicio y la acción del contrario desprevenido. Así, han inculcado en algunas personas el sentimiento —no la convicción razonada— de que el comunismo, aunque con grandes errores, es respetable, y de que todo aquel que lo enfrenta con energía, cae en la regresión. Atribuyo a tal raíz emocional este horror a los "antis" que les ha aparecido ahora a quienes fueron ayer y siguen siendo hoy antifranquistas, antinazis o antimperialistas. Los hombres se manejan ron la razón mucho menos de lo que se cree.

•

"No se puede ser anti”. Es, era cierto grado, una cuestión de rótulos. Sir "anti" de algo suele ser una manera de ser "pro" de lo opuesto o de lo contrario. Supóngase que me consagro a la lucha anti-tuberculosa. Mi actitud anti, en este caso, es a la vez una actitud pro: pro salud. Supóngase, también, que invito a una persona a cooperar en esa lucha y que ésta me dice: "No, no los apoyo. Ustedes son antis y yo, por principio, sólo apoyo los pros. Denominen a esta lucha pro Salud y entonces, sí, les prestaré toda mi ayuda". Sería, es evidente, una actitud absurda. Esto nos lleva a la siguiente conclusión: hay posiciones "antis" que son, implícitamente, posiciones "pros". Rechazar en forma sistemática toda actitud "anti" con el estribillo de que siempre hay que ser "pro", es caer en una estéril y pueril cuestión de palabras.

•

Examinemos el caso del Movimiento Antitotalitario del Uruguay. Sólo quienes se atengan a los rótulos podrán abrigar dudas si es o no mili a secas, Pero si se examina con seriedad y espíritu libre su doctrina y sus actitudes —la teoría y la práctica— se ve con claridad meridiana que no es así. Léanse las Bases y las Precisiones que las complementan; examínense los discursos de sus oradores, las resoluciones de los congresos de Florida y de Colonia y las declaraciones que ha formulado el Comité Central. De estos antecedentes —imprescindibles para opinar con seriedad sobre nuestro Movimiento— surge que éste está en pro franco y valiente respecto de muchas cosas esenciales: la legalidad, la independencia nacional, la democracia,

la libertad, el humanismo. ¿Se nos objetará que estos ideales no bastan? Pero eso es otra cuestión y la examinaré más adelante.

•

"No se puede ser anti". Las actitudes políticas no han de ser dictadas por apotegmas rígidos. Hay que ajustarlas a cada tramo del devenir histórico. Tienen que estor en íntima vinculación con la magnitud de los males que se enfrentan y con la magnitud y la inminencia de los peligros que se quieren evitar. No puede ser la misma nuestra actitud ante un gobierno incapaz o corrompido o reaccionario en cuestiones sociales, que ante otro que impide ser hombre, envilece, tortura y aniquila bestialmente a sus contrarios. La lucha contra el primero se puede cargar de muchos y más audaces "pros" que contra el segundo. Por lo tanto, lo previo es calibrar los males o las amenazas y las fuerzas que tenemos para combatirlos.

No concebimos hoy una mayor desdicha para los hombres que la hegemonía de Rusia, peligro tremendo y tangible. A este peligro de fondo, se suma el que representa el peronismo. ¿Cómo conjurar tan grandes riesgos? Solos y divididos, seria locura pensar que saldremos victoriosos. La debilidad nos empuja a buscar la cooperación de quienes, individuos y naciones, están también amenazados y respeten estos dos principios que consideramos supremos: sentido humanista de la vida y soberanía nacional.

"Eso no basta; hay que dar a esa lucha un contenido de justicia social, suelen exclamar quienes tienen la noble inquietad de la justicia y también a quienes son vehículos inconscientes de los virus paralizantes de los totalitarios. A unos y otros, a los rugidos de justicia y a los portadores ingenuos de virus paralizantes, les respondemos:

1º Impedir la noche totalitaria y mantener el sistema democrático encierra ya, aunque no lo vean algunos, un contenido de justicia social. El totalitarismo arrasa con todas las conquistas de los obreros y los somete a la explotación más despiadada. A pesar de sus retrocesos parciales, sus insuficiencias y sus lentitudes, las conquistas alcanzadas por los obreros de las naciones democráticas desde la llamada Revolución Industrial acá, son tan evidentes, que nadie podría negarlas. La democracia ha permitido una mayor justicia y, lo que vale mucho más, deja el campo abierto para futuros avances.

El totalitarismo ha seguido el proceso inverso: injusticia creciente y, lo que es mucho peor, cierra a cal y canto toda posibilidad de avances en el futuro. a menos que se derrumbe el régimen. Los sedientos de justicia estarían ciegos si no aquilataran estas diferencias sustanciales. La ¿densa de la democracia de los embates del militarismo tiene, pues, un contenido de justicia social: preserva las conquistas logradas y, ventaja inapreciable, deja el campo abierto para futuros avances.

2º Es cierto que las conquistas logradas no bastan y que es necesario acrecentarlas; pero ésa debe ser tarea de los partidos políticos con vacación obrerista, no del Movimiento Antitotalitario, cuya misión es unir

circunstancialmente a obreristas y conservadores, capitalistas y anarquistas, blancos y colorados, socialistas y partidarios de la libre empresa, para los cometidos concretos enunciados en las Bases y las Precisiones. Si partimos del principio de que enfrentamos peligros gravísimos e inmediatos y que para conjurarlos hemos menester la unión de todos, trabajaríamos por nuestra división y nuestra derrota si pretendiéramos dar a esta lucha un contenido que muchos no compartirían. Además, hay muchos modos de concebir y realizar la justicia. Supongamos que el Movimiento Antitotalitario incluyera entre sus cometidos el logro de una mayor justicia social. Apenas se abandonara el terreno de las generalizaciones estridentes y anodinas, caras a los demagogos y a los noveleros, y se entrase en el de las formulaciones concretas, las discrepancias estallarían. Unos serían estatistas y otros antiestatistas; unos socialistas y otros partidarios de la iniciativa privada; unos del régimen enfitéutico y otros de la colectivización agraria; etc., etc. Con esto no habríamos logrado más que debilitarnos frente a un enemigo astuto que ha hecho de la división del contrario su primer objetivo.

Texto extraído de: *De Frente*, 1/4/1953, p. 1.